

Revista de Dialectología y Tradiciones Populares,
vol. LXIX, n.º 1, pp. 229-247, enero-junio 2014,
ISSN: 0034-7981, eISSN: 1988-8457

NOTAS DE LIBROS

FLORES ESQUIVEL, Enrique y Mariana Beatriz MASERA CERUTTI (coords.): *Relatos populares de la Inquisición Novohispana: rito, magia y otras «supersticiones», siglos XVII-XVIII* (Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas-Universidad Autónoma Nacional de México, 2010), 310 pp.

Cada vez se va apreciando con mayor claridad que los legajos inquisitoriales que fueron producidos y que se conservan en ambas orillas del Atlántico atesoran la más amplia y rica documentación etnográfica y antropológica que nos ha quedado de los siglos primeros (XVI-XVIII) de la Edad Moderna en todo el mundo hispánico. Resulta sin duda paradójico que los testimonios que han quedado de la actividad inquisitorial, que fue profundamente represiva, totalitaria, racista, clasista, misógina, desprovista de conciencia, dignidad y humanidad, dieran, al cabo de los siglos, un fruto que nos está siendo extremadamente útil a los investigadores de tanto tiempo después a la hora de conocer, valorar y reivindicar la riqueza y profundidad de la cultura de aquellos que resultaron oprimidos. Algo parecido sucedió, desde luego, con otros sistemas de poder totalitario, que engendraron burocracias colosales que acabaron facilitando el mejor conocimiento *post-mortem* de su modo de funcionar y de la identidad y cultura de sus víctimas. Saberlo habría causado tanta sorpresa entre los inquisidores —que seguro que no pretenderían tener esa gentileza para con nosotros— como escaso alivio entre sus desdichadas víctimas. Y tenerlo siempre presente es responsabilidad moral obligada para quienes nos dedicamos a intervenir sobre la fría mesa de la autopsia histórico-filológica, en la que tan fácil es olvidar que estos documentos son, por encima de cualquier otra cosa, testigos del trato cruel que unos seres humanos ignorantes, cobardes y endiosados —nunca mejor dicho— dieron a otros por la simple y vieja razón de la prepotencia.

Esta colección de *Relatos populares de la Inquisición Novohispana: rito, magia y otras «supersticiones», siglos XVII-XVIII* da buena cuenta de las estrategias de represión verbal, mental, religiosa, cultural, social, racial, política, que aplicó la Inquisición católica a la población del México novohispano durante varios oscuros siglos. Y es prueba, además, del enorme interés, del valor insustituible que puede tener la documentación inquisitorial cuando se emplea para profundizar en la intrahistoria y en la microhistoria, en el imaginario de la colectividad y en la cotidianidad de las vidas de las personas cuyos pasos tuvieron la desdicha de cruzarse con los de los inquisidores. Porque la formidable oficina del Santo Oficio logró articular unas estrategias de obtención, registro y procesamiento de la información muy eficaces, equiparables en su ambición y mecanismo al papeleo que generaba la propia administración del estado. Pero con un mérito añadido para nosotros, o al menos para nuestros intereses concretos, puesto que la burocracia inquisitorial vigilaba sobre todo (y por tanto analizaba y tomaba nota de) la cultura popular y las creencias y rituales de las clases desfavorecidas y marginadas, mientras que la estatal miraba más hacia sí misma, hacia el gobierno, las instituciones y su articulación social, con una voluntad mucho más administrativo-jurídica y política que etnográfica.

Cierto es que la etnografía que aflora en las actas levantadas por los inquisidores no es una etnografía equiparable a la que podemos elaborar hoy con los conocimientos, métodos y tecnologías de registro, infinitamente más sofisticados, de que disponemos. Además, era aquella una etnografía cifrada no en estilo directo, como la que haríamos hoy cediendo la voz cantante y citando entre comillas a la persona entrevistada, sino en el sinuoso estilo indirecto

en que el notario del Santo Oficio decía lo que a él le dijeron. Pero, por lo demás, el testimonio inquisitorial alcanza muchas veces una precisión, una objetividad, una expresividad, incluso un buen estilo narrativo, impresionantes.

Atengámonos a un simple pero muy revelador ejemplo, tomado de una instrucción que se hizo «en la ciudad de México, lunes, veinte y seis días del mes de abril de mil y seiscientos y cinquenta y cinco años», sobre el testimonio de «Ana María Vázquez, morena», quien confesó haber participado en un ceremonial adivinatorio que tenía como objetivo descubrir a las personas que le habían robado, días antes, algunas de sus modestas pertenencias. Tomó parte, para ello, en un pintoresco ritual mágico que fue urdido por otras cuatro mujeres cuyas descripciones y adscripciones (la «negra» Adriana, la «española» Ángela María, la «mulata prieta» Juana y la «negra» Lacumba) nos dan una idea muy representativa del género y la condición de muchos sujetos y actos mágicos que bullían en la cotidianidad doméstica de la época. Difícil encontrar, sin duda, una crónica de una ceremonia ritual tan íntima y tan reservada, escrita con mayor agudeza y carnosidad, con pinceladas que parecen de interior tenebrista o de guión de cine de Fellini, quien tan aficionado era, recordemos, a las escenas de espiritismo:

Acavada de haser la dicha rueda la dicha Ángela María, se sentaron, como dicho tiene, alrededor del lebrillo, echando el agua que avían traído de la mar dentro dél la dicha Ángela María, y poniendo las iervas verdes alrededor del bordo del dicho lebrillo. Y luego puso la rueda de dicho papel la dicha Ángela María ençima del agua que tenía el dicho lebrillo, y cojieron luego un paño de lienço vizcaíno y le pussieron alrededor del dicho lebrillo, teniendo todas quatro del dicho paño. Y le dijo la dicha negra Adriana a esta declarante que se sentase allí enfrente en una silla alta, como lo hizo, aviéndole dicho primero la dicha Adriana que no tuviese miedo de lo que viese, y ésta dijo que no le tendría; diciéndole tanvién que se quitase tanvién las reliquias que tuviese al cuello, y si tenía algún dinero en la faldriquera lo sacase y lo quitase. Y aunque al principio repugnó esta declarante con todo eso, se entró en el aposento i sacó el dinero que tenía en la faldriquera y lo escondió debajo de un colchón; pero no se quiso quitar el escapulario del Carmen, ni el rosario, ni otras reliquias que tenía; antes las tapó i ocultó de manera que no la viesen estas mugeres. I bolvió a sentarse en la silla que le avían señalado, y preguntó la dicha Ángela María si estava allí su gatito y su perrito, y dijeron las otras:

—¡Aquí está, aquí está!

Y se començaron a reír. Y antes de sentarse alrededor del dicho lebrillo, se descalçaron todas quatro de pie i pierna, y teniendo el dicho paño, començó a decir Ángela María a la dicha Adriana:

—Dílo tú.

Y Adriana a Lacumba lo mismo, y Lacumba a la dicha Juana Jalapa y esta a la dicha Ángela María, la qual dijo:

—Yo lo tengo.

Y luego, al punto, apareció sobre la dicha rueda de papel, parado en pie, el dicho capitán Juan López, del tamaño de un dedo, que le conoçió esta declarante distintamente, aviéndola preguntado primero, luego que apareció la dicha figura:

—¿Conoce a este hombre?

Y aviendo dicho esta declarante que sí, que era el cappitán Juan López, le dijo la dicha Ángela María:

—Pues no lo llevó él (diciendolo por el dicho hurto), porque la quiere mucho.

Y luego desapareció la dicha figura. Y inmediatamente pareció otra figura ençima de la dicha rueda de papel, del mismo tamaño que el primero, y aziéndole la mesma pregunta la dicha Ángela María de si lo conoçía, espantada esta declarante dijo:

—Jesús sea conmigo, este es *Espichueta*.

Porque lo conoçió distintamente, y el vestido que traía puesto, que era de gamuças, que le avía dado don Juan Çapata, hijo del dicho conde de Pliego. Y al decir esta declarante que le conoçía, se trastornó la dicha figura, de una de las rayas de la dicha rueda con que la dicha Ángela María dijo a toda priesa:

—Este lo lleva, i ba pasando un río (que nombró y no se acuerda esta declarante).
Luego desapareció y se apareció otra figura del mismo tamaño sobre la dicha rueda del dicho papel, que representava al otro hombre llamado Manuel, que lo conoció esta declarante distintamente, y dijo la dicha Ángela María que entre el dicho *Espichueta* y el dicho Manuel llevaban el dicho urto.

Para quien no se quiera quedar sin saber qué sucedió después de celebrado aquel fantasmal cenáculo baste resumir que los presuntos ladrones acabaron localizados por la justicia «en el pueblo de Jalapa y no llevaban nada del urto, que lo más cierto es que lo tienen las quattro mugeres referidas». Desdichada Ana María Vázquez, despojada de sus bienes, enredada en rituales mágicos estrafalarios y náufraga al final en un mar de dudas y sospechas que corroerían los fundamentos mismos de sus relaciones sociales. Y, de paso, fabulosa imaginería mágica la que organizó en su casa, con esos desfiles de cuasi fáusticos homúnculos «del tamaño de un dedo» que aparecían y se esfumaban como si fueran imágenes proyectadas en una película de ciencia-ficción, y que nos hacen casi participar de la ilusión de haber estado en aquella oscura habitación contemplándolos.

Las ocho decenas de «relatos» que han sido seleccionados para formar parte de este libro pintan, en fin, un fresco insólitamente vivo, palpitante, extraordinariamente matizado desde el punto de vista no solo histórico y social, sino también humano y psicológico, de la sociedad novohispana del XVII y el XVIII. Los personajes que transitan por sus páginas no son entelequias artificiosamente (aunque genialmente) amañadas, como sí lo fueron Guzmán de Alfarache, Alonso Quijano o Peribáñez de Ocaña. Son sujetos que estuvieron alguna vez hechos de carne y hueso, personas y no máscaras que un día se vieron forzadas a confesarse, con su nombre real y a pecho descubierto, ante la máquina de recoger relatos de la Inquisición. Voces que nos trasladan, atravesando lugares y siglos, el temblor intensamente humano, no impostado ni fabulado, del miedo, la indefensión, el desconcierto.

Las más de trescientas páginas, en formato muy extendido y generoso, que tiene este libro abrigan una mina insondable, un repositorio fabuloso de informaciones y de emociones que colmará las expectativas de los historiadores de la religión, la magia, la astrología, la demonología, la brujería, la etnomedicina, etnobotánica y etnozoología, las relaciones de familia, género, clase, grupo de edad y grupo étnico, los procesos de sincretismo demográfico y cultural, los modos de transmisión de la cultura oral y de la cultura escrita, las prácticas de sociabilidad y conversación, los trabajos y los ocios, los oficios, las costumbres amorosas y sexuales, la cultura material, la indumentaria, la decoración de interiores, los amuletos y reliquias, los cultos a vírgenes y santos, los sueños, las creencias en tesoros, fantasmas, talismanes y agüeros. Una ventana, en fin, a casi todos los rincones y miserias de la sociedad novohispana popular de entonces. Con hitos rarísimos, absolutamente fabulosos, como la completísima carta astral escrita y dibujada por el astrólogo Gerónimo que viene en las páginas 99-100 del libro, o como las toscas pero encantadoras figuras (la mujer que sostiene una flor en la mano, el corazón atravesado por espada y flecha) dibujadas «en una carta de amor escrita por Diego Rodríguez del Pozo, en donde expresa la admiración que siente por una mujer, 1571», en la página 213.

«Relatos» han llamado los responsables de la selección y edición a los discursos recogidos en este libro. Marca de su método y de sus intereses esencialmente filológico-literarios, diferentes de los que pudieran guiar a los lingüistas, quienes hablarían de «textos», o a los historiadores, sociólogos o antropólogos, que dirían «testimonios». Tan «relatos» son, en efecto, las historias que desgrana este libro, tan impregnadas están del lenguaje de lo fantástico y lo maravilloso, aunque también de un realismo que llega a parecer naturalista, que si alguien se arriesgase a trazar una línea entre ellos y lo que ha dado en llamarse *realismo mágico* hispanoamericano incurriría seguramente en atrevimiento, pero no en temeridad.

El que los «relatos» o testimonios se presenten crudos, exentos, completos, anotados de manera precisa y discreta pero no despiezados ni atomizados entre glosas y análisis, como suelen entregarlos los historiadores y los antropólogos, supone un gran acierto. Permite leer cada discurso de un solo impulso, apreciar de manera global su estructura narrativa, auscultar

sus tensiones internas, seguir sin interrupciones el tenso contrapunto dialógico que entablan la voz que confiesa y la voz que interroga.

Enrique Flores y Mariana Maserá como coordinadores, y Claudia Carranza, Santiago Cortés Hernández, Berenice Granados, Cecilia López Ridaura y José Manuel Mateo como editores han realizado una labor de pulcritud filológica extraordinaria. La Introducción eruditamente documentada, la bibliografía exhaustiva, los utilísimos índices de temas y lugares conclusivos, los toscos pero cruciales dibujos sembrados en muchas páginas, coronan una labor cuyas fases más difíciles debieron ser la inmersión en las entrañas laberínticas de los archivos inquisitoriales y la selección de unos pocos de entre los muchísimos tesoros documentales que preservan.

JOSÉ MANUEL PEDROSA
Universidad de Alcalá

LUXENBERG, Alisa: *Secrets and Glory: Baron Taylor and his Voyage pittoresque en Espagne* (Madrid: Centro de Estudios Europa Hispánica, 2013), 321 pp. con ilustraciones.

El tiempo ha demostrado que cualquier estudio de Alisa Luxenberg ofrece una doble garantía de interés y calidad. Interés porque su principal campo de investigación, las relaciones hispano-francesas en épocas complejas, nos acerca a periodos ricos en propuestas y conflictos que precisan de una especial sensibilidad en el tratamiento del «material visual», y me sirvo de la denominación que dio hace años Ivan Gaskell al objeto de estudio del historiador del arte. Desconozco si la investigadora comparte mi opción por esta terminología, pero de lo que no me cabe duda es de que su trabajo trasciende la concepción de la historia del arte tradicional y se ajusta perfectamente a los planteamientos de Gaskell, porque si algo caracteriza a la Dra. Luxenberg es su comprensión de la obra de arte como un artefacto cultural, lejos de tantos prejuicios heredados, todavía vigentes, que insisten en diferenciar los medios para que continúe prevaleciendo una jerarquía de las artes, y en el aislamiento de los grandes nombres con los que se formó el canon estético dando prioridad a cuestiones como la autoría. Para Luxenberg la obra de arte es una expresión de la cultura y la sociedad en el devenir histórico de su existencia, razón por la que el contexto merece igual atención que la obra misma, sin menoscabo de las cualidades estéticas y los contenidos específicos que la visualidad ofrece en la comprensión de dicho contexto.

En cuanto a la calidad, no hablamos sólo de rigor y perseverancia, dos cualidades ineludibles en todo buen investigador que en cualquiera de sus escritos se hacen evidentes, sino de su capacidad de análisis desde planteamientos actuales, y de su curiosidad por desentrañar situaciones que en apariencia pueden resultar anecdóticas; por ejemplo, su actual investigación sobre las experiencias que podríamos denominar «prefotográficas» de Celedonio de Arce en el registro de la naturaleza, que presentó en el simposio *Science, Imagination and the Illustration of Knowledge*, celebrado a comienzos del mes de noviembre de 2013 en Oxford. Mientras esperamos que se publiquen los resultados de este trabajo, que desvelarán esas inquietudes científicas dieciochescas que también fueron compartidas por nuestros ilustrados, y en relación al Baron Taylor que es quien motiva estas páginas, solo puedo insistir de nuevo en recomendar su libro *Galerie Espagnole and the Museo Nacional, 1835-1853: Saving Spanish Art, or The Politics of Patrimony* (2008), del cual lamentablemente no existe traducción española, aunque contamos con el artículo publicado en *Goya. Revista de arte* (núm. 321, 2007).

Uno de los grandes aciertos de estos «secretos y gloria» del Baron Taylor, es la manera de afrontar la figura del reconocido viajero y afamado conocedor de lo español, pues no sólo da nueva luz al personaje, su obra y su fama, sino también amplía nuestro conocimiento de un fragmento del pasado que tan decisivo ha sido para el presente, pero en el que los tópicos habían ocupado prácticamente todo el espacio. Y ésta es otra de las especialidades de Alisa Luxenberg, llamar la atención sobre cuestiones dadas por sabidas o sobre periodos dejados de lado —la etapa 1823-1850 ha sido bastante ignorada por los estudiosos de las relaciones entre

Francia y España—, sabiendo de antemano que son desafíos en los que además de salir airoso hay que movilizar todos los recursos para encontrar medios de publicarlos. Por este motivo es obligado felicitar al Centro de Estudios Europa Hispánica en colaboración con el Center for Spain in America y The Hispanic Society of America por su iniciativa conjunta de apoyar la publicación y, sin duda, por el resultado ya que desde el principio el libro destaca por su calidad material y por su bella y cuidada producción.

El libro investiga lo que significó el *Voyage pittoresque en Espagne* de Isidore-Séverin-Justin Taylor más allá de la personalidad del autor, principal elemento activo de la fama que tuvo la publicación. Lo importante en mi opinión, al margen de ser el primer estudio monográfico que se hace de esta pieza angular de la imagen de España y los españoles, es que se valora crítica e históricamente en el contexto en el que vio la luz, deshaciendo confusiones e incomprendiones que se han ido arrastrando desde entonces, empezando por la misma cronología. Si algo me ha sorprendido es saber el largo margen de tiempo que llevó la escritura, y también me parece muy significativo que ésta se terminara con posterioridad al cierre de la «Galería española» del Louvre. A lo largo del estudio se rastrean cuestiones de autoría en relación tanto a las ilustraciones como al texto; se comparan diferentes ejemplares y ediciones, especialmente respecto a la traducción inglesa (en sendos apéndices se publica el prefacio de la edición londinense y parisina respectivamente), se documenta la producción, se valoran las composiciones visuales y las narraciones, etc.

En el primero de los ocho capítulos en los que se ha organizado el libro, se problematiza la literatura de viajes como reflejo de los intereses del autor y del potencial público lector formado por aquellos que gustaban y tenían capacidad de hacer turismo y por los que, no participando de esa afición, no renunciaban a saciar su curiosidad desde el espacio doméstico. La importancia de estos últimos es clave si tenemos en cuenta que, como era costumbre, fue publicado por entregas durante un largo periodo de tiempo, se necesitaron cerca de veinticinco años para que se completara la publicación de los tres volúmenes. Las posibles lecturas de un libro que hacen de él una experiencia individual es difícilmente recuperable pero hay que tenerla en cuenta pues es el lector quien introduce la vida misma en las cosas y recibe su impacto; siendo sensible a estas cuestiones podemos desvelar la «capacidad de agencia» de los textos, como decimos ahora, y acercarnos al impacto personal y colectivo que tuvieron en su momento y en épocas posteriores.

El segundo capítulo es una reflexión crítica sobre el viajero, el viaje y la evolución de este tipo de literatura en el cambio de siglo, dirigida a dilucidar el lugar que ocupó España. Es interesante la observación que hace Luxenberg sobre la coincidencia de la publicación del artículo de Nicolas Masson de Morvilliers en la *Encyclopédie* con el incremento del interés por viajar a España. La progresiva incorporación de la península en las rutas de diplomáticos, intelectuales y naturalistas desmentiría ese nulo interés que aparentemente podía tener el país, reforzando esa idea de la utilidad que tuvo para afianzar la hegemonía cultural francesa construir una imagen de España lejos de la civilización. En este capítulo se analizan conceptos como «veracidad» y «autenticidad» en el ámbito del viaje, así como el papel del viajero como testigo presencial y por tanto valedor de lo narrado, la importancia del relato, la descripción, la selección de acontecimientos, etc. Hay que tener muy en cuenta, como señala la autora, que estos libros pasaron a formar parte del repositorio sobre el que se construyó una imagen del país, pero también sobre el que se asentó la tradición inventada para construir la nación.

La materialidad del libro y su elaboración es lo que ocupa el tercer capítulo, temas que siempre me han interesado especialmente pues en la realidad del objeto mismo es donde podemos encontrar las dificultades, las decisiones, las frustraciones y las aspiraciones que tuvieron aquellas gentes que lo hicieron posible. Estos rastros de vida humana que van quedando anclados en pequeñas o grandes decisiones, en renunciadas o aciertos, y que devuelven las cosas a su tiempo a la vez que las impregna de una cotidianeidad que nos las acercan, pasando a formar parte de nuestra propia experiencia.

Aunque hay un capítulo dedicado al largo recorrido que va desde la concepción de la obra hasta la producción de libro, un proceso donde se pone en evidencia la importancia de la cronología para comprender el alcance de los hechos, Luxenberg ha optado por posponer este

tema hasta el séptimo capítulo, y dedicar el cuarto y quinto a los intereses que llevaron a esa personalidad esquivada, enigmática y a veces abiertamente contradictoria de Taylor a viajar a España —el libro no refleja ningún viaje concreto—, considerando el ambiente que le movió a escribirlo, en el cual es ineludible la invasión napoleónica y la presencia de los Cien mil hijos de San Luis.

El capítulo sexto se ocupa de la imagen de España y el lugar preferente de Andalucía y Castilla, no sólo por situarse en ella la capital sino por la enorme presencia de Don Quijote, en la dialéctica de la comparación que, como todo viajero, hizo Taylor con su país de origen. En esa progresiva penetración de la tierra incógnita se abre paso la nostalgia de tintes cristianos, la denuncia de la decadencia del patrimonio monumental, la experiencia pintoresca y/o sublime del país no civilizado y el interés por las bellas artes. Finalmente, se afronta la cuestión de la recepción, algo que había sido imposible hasta ahora, no tanto por la escasez de información que sigue siendo relevante, sino porque no se podía rastrear, dado que se desconocía la cronología y la producción. El *Voyage pittoresque* fue terminado después de 1850, una fecha realmente tardía que lleva a la necesaria revisión de lo escrito hasta el momento sobre su autor y su impacto. Pero la importancia de la investigación de Luxenberg trasciende con mucho esos límites y no es aventurado pensar que será un trabajo de referencia para los estudiosos del siglo XIX más allá de los que se dedican a temas españoles.

JESUSA VEGA
Universidad Autónoma de Madrid

ABBATTISTA, Guido: *Umanità in mostra. Esposizioni etniche e invenzioni esotiche in Italia (1880-1940)* (Trieste: Edizione Università di Trieste, 2013), 612 pp., il. [Volumen disponible impreso y en *Open Access*: <http://www.openstarts.units.it/dspace/handle/10077/9484>]

El autor del libro que vamos a revisar, Guido Abbattista, es profesor titular del Departamento de Estudios Humanísticos de la Universidad de Trieste. Hasta hace poco más de una década, su ámbito de investigación se circunscribía a la historia moderna, interesándose por el colonialismo, el pensamiento ilustrado y por lo que quizás podríamos definir como historia de la antropología o, también, como los proyectos occidentales de conocimiento, representación y dominación del «otro», un otro catalogado como «salvaje», «exótico» o «primitivo». A partir de 2002, y sin abandonar el marco de referencia modernista, su interés se ha reorientado hacia la época contemporánea, esencialmente hacia el último tercio del siglo XIX y las primeras décadas del XX. Como señala el propio Abbattista, este viraje se vincula de forma directa con la lectura, aquel año, de una reseña del libro *Zoos humains* (Bancel *et al.* 2002), la publicación inicial de un exitoso proyecto desarrollado por el grupo de investigación ACHAC (Association pour la Connaissance de l'Histoire de l'Afrique Contemporaine) y que en buena medida culmina con la gran exposición *Exhibitions*, que se pudo ver en el Museo del Quai Branly entre noviembre de 2011 y junio de 2012 (Blanchard *et al.* 2011). El objetivo de este proyecto era y es el estudio de un fenómeno muy singular que se extiende, esencialmente por Europa y Estados Unidos, durante la segunda mitad del siglo XIX y las primeras décadas del XX: las exposiciones etnológicas *vivas*, tanto las de carácter puramente comercial como las asociadas a intereses coloniales. Obviamente, estos espectáculos étnicos se vinculan de forma directa con las formas de representación, manipulación y dominación del «otro» que Abbattista venía estudiando para épocas anteriores, de ahí que la ampliación del marco cronológico de su investigación resulte perfectamente comprensible. *Umanità in mostra* es el resultado de esa reorientación: la recopilación, reelaboración y actualización de los diferentes trabajos que el autor ha publicado desde 2004 sobre las exposiciones étnicas (o etnológicas) que tienen lugar en Italia entre 1884 y 1940.

Pero antes de continuar revisando la obra que nos ocupa, es necesario hacer mención a ciertos avatares relacionados con el proceso de edición y que Abbattista especifica en una nota introductoria. Inicialmente, y de forma quizás algo ingenua, el autor intentó que su trabajo se

publicara en alguna de las «tres principales editoriales italianas». Las tres lo rechazaron, sin tan siquiera haberse interesado por conocer el original. Quizás la relativamente exitosa experiencia editorial de las publicaciones asociadas al proyecto francés de los «zoos humanos» (que incluye diferentes ediciones en francés, inglés, italiano y alemán), hiciera pensar a nuestro autor que su estudio podría interesar a una editorial comercial seria, con proyección académica. Desgraciadamente, ni Italia ni España son los países más adecuados para lanzar ese tipo de iniciativas; sólo muy determinadas obras de carácter historiográfico, con muy determinados contenidos, pueden proyectarse más allá de un estricto ámbito académico-universitario que, además, tampoco está lo suficientemente desarrollado como para asumir, por sí solo, el «consumo» comercial rentable de ese producto editorial. A pesar de todo, el inicial traspies editorial ha terminado convirtiéndose en una ventaja para el lector. En efecto, la Universidad de Trieste ha sido finalmente la encargada de editar el texto, y lo ha hecho de la forma más razonable posible si el objetivo que se persigue es dar a conocer por extenso un trabajo académico escrito en una lengua distinta del inglés: ha impreso un reducido número de ejemplares para la venta y ha dispuesto el volumen completo, en formato pdf, en *Open Access*.

Umanità in mostra se estructura en una introducción y dos partes, a las que se suma un extenso e interesante apartado de ilustraciones. En la introducción se presenta el objeto de estudio y se hace una observación que compartimos plenamente: el concepto de «zoo humano» posee unas connotaciones tan reduccionistas que — pese a su intencionado y exitoso carácter provocador— lo invalidan para nombrar la diversidad (y ambigüedad) de los modelos expositivos estudiados, que Abbattista prefiere denominar «exposiciones étnicas». Este tipo de espectáculos se caracteriza por la participación (no siempre ni del todo voluntaria) de grupos de individuos considerados «exóticos», «primitivos» o «salvajes», procedentes en ocasiones de las colonias de los países organizadores o simplemente reclutados por empresarios que los explotan al margen de intereses geoestratégicos nacionales.

La primera parte (capítulo II) ofrece un repaso general al fenómeno de los espectáculos étnicos desarrollados en Europa, desde época moderna, y llama la atención sobre uno de los rasgos que caracterizan a las exposiciones que tienen lugar en tierras italianas en las décadas finales del XIX y primeras del XX: debido a la procedencia geográfico-cultural de los grupos humanos exhibidos (noreste de África), el carácter de estos eventos es más exotista que primitivista o «salvajista», lo que genera en el público más reacciones de admiración que de rechazo o desprecio ante ese «otro» tan singular. En el capítulo III se estudia con detalle, con más detalle que cualquier otra, la primera presencia en formato espectacular de gentes africanas en Italia, la asociada a la Exposición General Italiana de Turín de 1884. Esta conexión es otro de los rasgos característicos del modelo exhibidor italiano: pese al tardío desarrollo de su propio «universo expositivo» (comparado con Reino Unido o Francia), la práctica totalidad de las exposiciones étnicas italianas se vincula con exposiciones de proyección nacional o internacional. Ese primer evento de Turín cuenta ya con la imprescindible «villa nativa», en la que residen y se exhiben gentes llegadas de las incipientes colonias en África. Sin embargo, una de sus características más llamativas es la nula vinculación que se establece entre la sección antropológica del certamen nacional y la villa nativa, algo que no se corrige hasta la exposición de Génova de 1914. Por otra parte, el enorme interés que generan los *assabesi* (los nativos de Assab, en Eritrea), tanto entre la prensa como entre el público visitante, se articula ya desde este primer episodio en clave más exotista que propiamente racista. En último término, y aunque se escuchan ciertas críticas por el «exceso de atención» que reciben los africanos y por los gastos que se han generado, la muestra sirve para abrir la espita de la propaganda colonial, que progresivamente crece en intensidad, pese a los graves reveses sufridos por las tropas italianas en África a finales de siglo.

Tras un breve repaso, en el capítulo IV, a otras dos exposiciones con presencia nativa que se asocian a un momento más intenso de expansión colonial (Palermo, 1892; Milán, 1894), el capítulo siguiente plantea un acercamiento a la participación de las misiones en todo ese movimiento expositivo, a las críticas que puntualmente se expresan por los espectáculos étnicos y a la utilización que las propias órdenes religiosas hacen finalmente de ese mismo recurso. El capítulo VI echa un vistazo, también breve, a los espectáculos de carácter comercial (como los

de Hagenbeck o Buffalo Bill) y el siguiente se centra en una faceta especialmente interesante derivada de todo este universo exhibidor: la utilización post mortem de los cuerpos de nativos africanos por parte de médicos, antropólogos y anatomistas, tanto en contextos expositivos (museográficos) como en el estricto ámbito de la investigación. En estas páginas, Abbattista se interesa no sólo por el tipo de trabajos que se llevan a cabo con esos restos humanos, sino por las circunstancias que hacen posible que los cuerpos estén «disponibles» para los investigadores. En algunos casos se trata, efectivamente, de africanos fallecidos durante alguna exposición; en otros, son personas muy jóvenes (muchas veces madres e hijos), traídas desde tierras africanas por misioneros o presuntos filántropos.

Los capítulos VIII y IX estudian los espectáculos étnicos asociados a las exposiciones nacionales e internacionales del siglo XX previas al estallido de la Gran Guerra: Turín (1902 y 1911), Milán (1906) y Génova (1914). A pesar de los reveses sufridos a finales del XIX, el entusiasmo colonial crece en la nueva centuria y las exposiciones son el lugar idóneo para reforzar los discursos nacionalista e imperialista. La euforia es máxima en los certámenes de 1911 y 1914. En la primera exposición se ponen en marcha dos grandes «villas nativas» (eritrea y somalí) que exaltan las cualidades de los africanos como artesanos y, en definitiva, como creadores de riqueza. Abbattista destaca el afán que muestran los organizadores por evitar excesos exotistas, por reconocer la individualidad de los nativos invitados y por combinar de forma equilibrada el espectáculo visual con un compromiso «formativo» que haga ver la importancia política y económica de la empresa colonial. En Génova, en 1914, se refuerzan aún más estos mensajes. De hecho, es la primera exposición que denomina de forma expresa como «sección colonial» la parcela que acoge los pabellones vinculados con la expansión en África. Hasta entonces, las «villas nativas» y la información sobre las colonias se habían integrado en las secciones dedicadas a la «presencia italiana en el extranjero»; es más, es solo en 1913 cuando se crea un Ministerio de las Colonias. Curiosamente, en Génova no se levantan villas y tampoco hay una presencia en vivo de nativos. Entonces interesa muchos menos el recurso propagandista del exotismo (ya bien conocido) que la exaltación de las ventajas materiales que conlleva la empresa colonial. Según Abbattista, en este certamen el triunfalismo imperial-nacionalista alcanza cotas no vistas hasta entonces, aunque habrá que esperar al periodo fascista para que la apoteosis sea total.

El comienzo de la Gran Guerra provoca, obviamente, la paralización del movimiento expositivo europeo. Ese es también el momento que marca el punto final de la revisión que hace Abbattista a las exposiciones étnicas desarrolladas en territorio italiano. Es cierto que en el capítulo X, y último, que recoge las conclusiones, el autor extiende el marco cronológico de su investigación hasta el certamen colonial napolitano de 1940, pero lo hace a modo de colofón, sin abordar un estudio detallado de las exposiciones del periodo fascista. Pero antes de comprobar por qué y para qué se enfrenta el autor a aquella exposición, es necesario revisar las conclusiones generales que se anotan en ese último capítulo.

Al margen de reconocer que falta mucho trabajo por hacer en relación con los espectáculos étnicos comerciales y las exposiciones etno-misionales, Abbattista llama la atención sobre las siguientes cuestiones: el tardío y muy concentrado desarrollo del fenómeno expositivo en Italia; la ausencia de empresarios nacionales que asuman la producción de espectáculos étnicos; la circunstancia de que las «villas nativas» son mayoritariamente de promoción pública; el racismo «mitigado», marcadamente paternalista, de todo el entramado etno-expositivo italiano; el incremento progresivo de la exaltación nacional-imperialista que se observa antes y más aún después de la Gran Guerra; y, por último, la favorable contribución de las exposiciones al exitoso proceso de «integración» de Eritrea y Somalia en los proyectos de identificación nacionalista del fascismo, que contrasta con lo que sucede con Libia, aún entonces un territorio «sin pacificar». Abbattista trata de completar su revisión de este universo expositivo ensayando un acercamiento al público que visita los espectáculos étnicos, a sus orígenes geográficos y sociales y a sus reacciones. Reconoce que apenas ha podido localizar documentación al respecto y que incluso ha resultado infructuosa la revisión de, por ejemplo, la prensa socialista, que no manifiesta opinión alguna sobre las exposiciones. En último término, lo único que parece atisbarse es que, efectivamente, estos eventos y las villas coloniales cumplen un papel relevante en la popularización de la empresa colonial.

Antes de concluir su extenso trabajo, el autor dedica unas páginas a la última exposición colonial organizada en Italia: la *Muestra trienal de las tierras italianas de Ultramar*, que tiene lugar en Nápoles en 1940. Es este un espectáculo grandioso, muy mussoliniano, que pretende emular los «gloriosos» episodios de las grandes exposiciones coloniales de los años treinta, muy especialmente la parisina de 1931. El certamen napolitano culmina la recuperación, revisión y redimensionamiento del fenómeno expositivo italiano, que renace con escasas fuerzas tras la Primera Guerra Mundial y que el Estado fascista se encarga de potenciar en clave nacionalista, militarista e imperialista durante la década de 1930. Si Abbattista se detiene en el evento de 1940 es porque ésta es una de las muy escasas exposiciones de las que se conserva alguna documentación que recoge, más o menos alterada, la «voz» de los nativos exhibidos. Las circunstancias que dan origen a la «producción» de ese material son muy especiales: la entrada de Italia en la Segunda Guerra Mundial obliga a suspender el certamen e impide que los africanos participantes (más de medio centenar y la mayoría artesanos) sean devueltos a sus lugares de origen. Son retenidos, porque realmente eso es lo que ocurre, en el propio recinto expositivo, malviviendo en barracas que no reúnen las debidas condiciones de habitabilidad y que, además, no ofrecen protección alguna ante eventuales bombardeos. Tras varios meses de estancia en el recinto, los nativos remiten un escrito de protesta a la administración colonial. Se inicia así un largo proceso de apaciguamiento, con cambios de residencia de los africanos, intentos de calmar el asunto mediante la apertura de «cartillas de ahorro» individualizadas y la represión de algún incidente aislado. Pero incluso entonces, en medio del conflicto, se aprovecha descaradamente su presencia en Italia y se emplea a los africanos (ya en 1943) como forzados figurantes en la película de propaganda *Harlem*, de Carmine Gallone, quien fuera poco menos que cineasta oficial del régimen fascista. Los últimos datos disponibles sobre el *affaire* nativo son de abril de 1944. Nada se sabe sobre el destino final de los africanos. Lo que sí queda claro para Abbattista es que este episodio resulta paradigmático del sistema de dominación que caracteriza al movimiento etno-expositivo, que incluso en los contextos y momentos aparentemente menos «raciales», más «modernos» y presuntamente equilibrados, se articula en clave policial, asumiendo como obligación esencial el control de aquellos que en último término son considerados elementos ajenos al cuerpo social de la comunidad fascista o, simplemente, nacional.

Para terminar, solo desearía anotar que estamos ante un trabajo extraordinario, que ofrece una primera revisión general sobre las exposiciones étnicas italianas y que, pese a ciertos desequilibrios cronológicos y temáticos (se analizan con mucho más detalles las exposiciones del XIX, sobre todo la turinesa de 1884, que el resto), permite conocer una parcela importante del complejo, diverso y ambiguo entramado de propaganda nacionalista y dominación colonial que se articula a través de estos espectáculos étnicos en la Europa de finales del siglo XIX y las primeras décadas del XX.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Bancel, N.; Blanchard, P.; Böetsch, G.; Deroo, E. y Lemaire, S. (eds.) 2002. *Zoos humains. De la Vénus bot-tentote aux reality shows (XIXe et XXe siècles)*. París: Éditions La Découverte.
- Blanchard, P.; Böetsch, G. y Snoep, N. J. (eds.) 2011. *Exhibitions. L'invention du sauvage*. París: Actes Sud; Musée du Quai Branly

LUIS ÁNGEL SÁNCHEZ GÓMEZ
Universidad Complutense de Madrid

WALLEY, Christine J.: *Exit 0. Family and Class in Postindustrial Chicago* (Chicago: The University of Chicago Press, 2013), 216 pp.

El título del libro hace referencia a la salida de la autopista por la que se entra en el barrio conocido como Southeast Chicago. El barrio es el escenario del análisis que hace la autora sobre los efectos del cierre de los altos hornos y las grandes industrias localizadas en el sur de la ciudad de Chicago, a la orilla del Lago Michigan y otros lagos y ríos conectados entre sí, que sirvieron de lugar de depósito de los desechos industriales.

A partir de la década de los 80 del siglo XX, las fábricas del área fueron cerrando una tras otra para buscar emplazamientos más lucrativos, bien cruzando la frontera hacia el Estado de Indiana, que impone una legislación menos dura que el de Illinois en cuanto al depósito de los desechos y unos impuestos más bajos, bien al extranjero buscando abaratar el coste de la mano de obra. A este proceso de desindustrialización se le han sumado más tarde los efectos de la crisis financiera de 2008.

Christine Walley utiliza la autoetnografía como metodología principal de trabajo, porque ella nació y creció en el barrio y su familia fue una de las primeras afectadas por el cierre de los altos hornos. En esta autoetnografía incorpora las narrativas de otras personas que viven en el barrio sufriendo los efectos de las crisis industrial y financiera y las utiliza como contranarrativas, para oponerse al discurso dominante sobre la clase social, los procesos migratorios, los efectos de la desindustrialización, la economía postindustrial, el «sueño americano» y el ascenso en la escala social.

Todas sus líneas de argumentación confluyen en el tema de la desaparición permanente de los puestos de trabajo de clase trabajadora que permitían vivir vidas de clase media, que suponen el colapso del mundo conocido para las personas afectadas. La autora analiza los terribles efectos de ese colapso a partir de las narrativas de las historias vitales, incluyendo la suya propia.

El libro se desarrolla siguiendo una línea temporal organizada en torno a cuatro capítulos y una conclusión. El primero «A World of Iron and Steel» (Un mundo de hierro y acero) se ocupa de las trayectorias de las personas que pertenecen a la generación de los abuelos y bisabuelos de la autora, que se asientan en el barrio (procedentes de otros lugares de Estados Unidos o Europa a través de un proceso migratorio mitificado por la narrativa dominante sobre la construcción del país), al amparo de la estabilidad social y económica que proporcionaban a los hombres los puestos de trabajo sindicados en las industrias y altos hornos que, aunque peligrosos, duros y de poco prestigio social, permitían a las familias disfrutar una vida de clase media, marcada por la compra de una casa, el acceso a la sanidad, vacaciones pagadas, etc.

El segundo capítulo «It All Came Tumbling Down» (Y todo se hizo añicos, en una traducción libre) se dedica a la generación de su padre: los que heredaron los puestos de trabajo en las industrias y la vida acomodada que permitían, tanto los salarios como los beneficios sociales, y pensaron que sus vidas y las de sus descendientes se habían consolidado en la clase media gracias al esfuerzo, al trabajo y las luchas sindicales. Hasta que el cierre repentino y permanente de las fábricas cambió drásticamente el presente y el futuro de las vidas familiares: los hombres se quedaron sin alternativas, las mujeres salieron a buscar trabajos que habían dejado al casarse para cuidar de sus familias (aspirando al modelo de la clase media) y los hijos crecieron en medio de toda esta incertidumbre.

El tercer capítulo «Places Beyond» (Lugares más allá) analiza las trayectorias de ascenso social, centradas en el caso de la propia autora que comienza con su deseo de abandonar el barrio y de buscar una vida diferente a partir de una beca para estudiar los últimos años de colegio en un internado de élite en la costa oeste del país, y finaliza con su ascenso social a través de un puesto de trabajo académico en una de las universidades más prestigiosas del país. Pero al igual que hace en capítulos anteriores, contrapone la narrativa a la idea de éxito que el discurso oficial asocia al proceso de ascenso de clase social. Se trata de una narrativa llena de angustia, culpa y, sobre todo, desconcierto, que desafía el principio de la meritocracia y la legitimidad de los privilegios adquiridos junto con el nuevo estatus.

El cuarto capítulo, «Ties That Bind» (Los vínculos que nos unen), parte del análisis de las relaciones actuales de la autora con el antiguo barrio de Southeast Chicago para ofrecer un

panorama de las transformaciones más recientes ocurridas en el barrio y en la vidas de los vecinos, centrándose especialmente en la propuestas de transformación para un futuro próximo, tanto a partir de las iniciativas de los propios habitantes, como de las propuestas de rehabilitación del ayuntamiento de Chicago u otras iniciativas empresariales interesadas en reactivar económicamente la zona.

La intención final de la obra y su contribución al análisis social se centran en reclamar la utilidad del concepto de clase (casi en desuso actualmente en ciencias sociales, especialmente en Estados Unidos), que la autora entiende no sólo como una posición económica determinada, sino también como

nuestro sentido de identidad, es decir, cómo nos percibimos a nosotros mismos y cómo somos percibidos por las personas de otras clases sociales, y qué significado tienen para nosotros estas experiencias. El sentido de clase está incorporado en la forma en la que hablamos o nos vestimos; es una forma de estar que tratamos de moldear en la vida diaria. Es una idea ligada a los sitios donde vivimos y cómo vivimos en ellos, que ayuda a determinar quiénes son nuestros amigos, cómo discutimos o qué tipo de familia nos gustaría formar, qué leemos o qué programas de televisión preferimos ver. En definitiva, es una idea que influye cómo vive cada uno en el mundo (p. 90).

A partir del trabajo realizado, la autora realiza la siguiente crítica y la siguiente propuesta:

un concepto de clase basado exclusivamente en las distinciones de cultura, etnicidad e identidad que no esté firmemente basado en un análisis de la desigualdad de las relaciones económicas que determinan nuestras trayectorias vitales está obligándonos a renunciar al potencial más crítico que tiene el concepto de clase a la hora de aplicarlo a las relaciones sociales. El objetivo debería ser aunar estas dos perspectivas de una manera que le permitiera ser a la vez una herramienta analítica para entender el mundo y una perspectiva desde la que pensar las acciones necesarias para cambiarlo (pp. 167-168).

Su propio análisis me parece una contribución excelente en este sentido.

MARGARITA DEL OLMO

Instituto de Lengua, Literatura y Antropología. CSIC

LEINAWEAVER, Jessaca B.: *Adoptive Migration Raising Latinos in Spain* (Durham/London: Duke University Press, 2013), 196 pp.

Con *Adoptive Migration Raising Latinos in Spain*, Jessaca Leinaweaver nos introduce en la compleja y difícil esfera de la adopción internacional (a partir de ahora AD), centrándose en los niños peruanos, adoptados por españoles residentes en Madrid. Se trata de una nueva aportación a sus trabajos sobre la circulación de menores¹ procedentes de la región andina de Ayacucho, Perú, aunque sus reflexiones pueden y deben ampliarse a otros países, latinos o no, que con frecuencia se mencionan en la obra, y asimismo aportan cifras significativas por ser emisores de población migrante y lugar de origen de los adoptados².

Su investigación esta avalada por más de seis años de trabajo de campo en Perú (desde el 2000 al 2007) y ocho meses dispersos en España (entre 2009 y 2012), con entrevistas a fami-

¹ Con el término «circulación», la autora engloba desde el tradicional desplazamiento de niños desde el hogar materno al de otros miembros de su parentela, hasta las mucho más recientes migraciones internacionales y las AAIL.

² Aunque los casos peruanos acaparan prácticamente toda la obra, probablemente por razones comerciales en el título se dice de forma genérica «Latinos».

lias adoptivas e inmigrantes, profesionales de la adopción en ambos países psicólogas, peditras, empleados de los consulados, además de visitas a orfanatos, agencias de adopción, asociaciones, etc. que se completan con la consulta de la legislación de ambos países, las fuentes bibliográficas y documentales, y el seguimiento de los foros abiertos en Internet donde los padres adoptivos intercambian información y experiencias. Como hándicap reconoce que al tratar de contactar con los niños, muchos padres se mostraron protectores y prefirieron no involucrarlos por lo que su opinión casi siempre aparece mediatizada. La obra ha sido estructurada en ocho capítulos, los primeros dedicados al proceso de adopción y los últimos a profundizar en la problemática de las familias transculturales. En ellos nos va presentando personajes, circunstancias y casos que ilustran su discurso.

Como punto de partida en la Introducción, la autora realiza una fructífera y lúcida reflexión sobre las similitudes y diferencias entre AI y migración, que, siguiendo a Karen Balcom (2010), considera partes constitutivas de un sistema global e integrado de movilidad por lo que las comparaciones formarán parte de su propia argumentación hasta el punto de incluir en el título la expresión «*Adoptive Migration*» en vez de «*International Adoption*». También aquí traza un breve resumen historiográfico resaltando que las migraciones se consideran acontecimientos globales y masivos, objeto de atención de economistas y sociólogos, mientras que las AAI se contemplan a micro escala por parte de psicólogos y trabajadores sociales que analizan sus efectos a nivel individual y familiar. Solo en las últimas décadas los antropólogos se han fijado en el tema, lo que resulta paradójico ya que en él se mezclan cuestiones de gran interés para la disciplina, como parentesco, familia, identidad, pertenencia y etnia. Las AAI que en EE. UU y los países escandinavos se iniciaron en la década de los 70 del siglo pasado, no llegarán a España hasta los años 90 (antes se apostaba por la fecundación *in vitro* y las adopciones locales), lo que coincidirá con la transformación del país, de emisor a receptor de emigrantes. La crisis económica que ha reducido las migraciones, también afecta a la AI con una palpable disminución de las cifras a partir de 2004, pues sin un trabajo estable no se puede adoptar, varias agencias han cerrado por problemas financieros y según contaron a la autora, ahora hay menos niños adoptables sin problemas o necesidades muy especiales.

El proceso de la AI es largo y doloroso, un calvario en el que se suceden interminables y muchas veces frustrantes etapas que incluso comienzan años antes de considerar la opción, pues la mayoría de las parejas previamente se ha sometido a prolongados y molestos tratamientos de fertilidad. Una vez tomada la decisión se inician los trámites legales, la interminable burocracia, a través de una agencia de adopción que en España son competencia de las Comunidades Autónomas, de manera que hay una descentralización, opuesta a las normas internacionales de centralización, estandarización y regularizaciones transparentes. Las preferencias de los padres sobre el país de origen, la edad o el sexo del menor tendrán que doblegarse al cumplimiento de las respectivas leyes de su Comunidad Autónoma y el país emisor. Por ejemplo en Madrid, se permite la adopción a parejas homosexuales, pero en muchas naciones, incluida Perú, no. Los aspirantes madrileños tendrán que asistir a reuniones semanales que se celebran en el Instituto Madrileño del Menor y la Familia, pasar revisiones médicas, recabar informes policiales, entrevistas con trabajadores sociales y psicólogos además de someterse a un estudio familiar. Por su parte, Perú exigirá que el niño disponga de una habitación individual espaciosa, con buena luz y ventilación dentro de una vivienda con zonas de servicio cercanas. A quien cumple todas las demandas se le emite un certificado declarándole «idóneo o apto» para adoptar y es incluido en una lista de espera (situación en la que en España se hallan unas 20.000 familias). Las listas son enviadas al organismo competente del país seleccionado, en Perú al Consejo Limeño de Adopciones donde hay jueces, psicólogos, religiosos y lingüistas, que asigna cada niño que ya ha sido declarado «adoptable» (lo que en menores de tres años suele prolongarse otros dos o tres) a una persona de la lista según los intereses del menor, por lo que los solteros o las parejas de mayor edad tendrán que esperar aún más. El tiempo de espera se considera una etapa dura en la que crece la ansiedad y la frustración al ver cómo pasan los años, muchas veces acompañados de depresiones. ¿Realmente son estos los padres ideales, se pregunta Jessaca Leinaweaver? Una vez asignado, se notifica a los padres que tienen siete días para aceptar o rechazar la propuesta. Muchas parejas se encuentran con

que el niño no es como querían porque es mayor, tiene enfermedades o requiere cuidados especiales, además durante los años de espera pueden haber cambiado sus intereses. Así estos días sirven para reflexionar sobre la decisión, de la que se echa atrás un 10% de las parejas españolas. Tras la aceptación se hacen los preparativos y se viaja a Perú, donde empieza un proceso de veintidós días en el que padres e hijos se conocen e incluso pasan junto algún fin de semana para ver si hay o no empatía entre ambas partes. Durante el viaje continúa el papeleo a la espera de que se reconozca la AI, luego habrá que preparar el regreso a España con el certificado de nacimiento y el pasaporte. Finalmente existe un seguimiento post adopción de tres o cuatro años que es efectuado por personal especializado en el lugar de destino.

Como alternativas a las AAI, la autora dedica un capítulo a las adopciones por matrimonios mixtos entre nacional e inmigrante (de los que España tiene el índice más alto de Europa) que en las «listas de espera» tendrán preferencia por considerarse entornos menos traumáticos para el niño y también las adopciones de hijos de inmigrantes nacidos en España, que suponen tres cuartas partes de los niños adoptados en nuestro país y como los anteriores rompen la clasificación entre adopciones domésticas e internacionales. Estos niños no tendrán los derechos de los precedentes de AAI ya que sus padres no han ido a buscarlos a otra nación, ni se someten a los requisitos legales de esta, además el adoptado no tendrá vínculos con el lugar de origen de sus padres biológicos.

Como opinión personal me parece importante resaltar que frente a otras modalidades de circulación infantil, esta tiene unas características muy especiales que de manera alarmante se ciñen a las leyes de la oferta y la demanda, y en cierto modo equiparan estos niños a «mercancías», por mucho que las legislaciones defensoras de los derechos de la infancia y las intenciones de los padres adoptivos se alejen de este concepto: Naciones desarrolladas donde las mujeres posponen el nacimiento de su primer hijo a fechas muy tardías y en las que por tanto existe una baja tasa de fertilidad y un aumento de las parejas estériles generan una demanda de niños para completar sus familias. De ellos encontrarán un filón en países tercermundistas con elevadas tasas de fertilidad en los que se practica una maternidad irresponsable (muchas veces protagonizada por jóvenes y adolescentes solteras, a veces niñas de 12 y 13 años), que sin recursos sociales ni económicos para criar y educar a su prole están generando «niños adoptables».

Pero los problemas no acaban cuando por fin la AI se hace efectiva; por desgracia esto no es un cuento de hadas en el que el menor, alejado de todas sus referencias vitales previas, se integra sin problemas en una clase acomodada de otro país y cultura. Ahora habrá que afrontar el aprendizaje de la lengua (o del habla en caso de latinoamericanos) y las distintas costumbres y prácticas culturales porque, al igual que con los inmigrantes, se supone que es el niño el que tiene que renunciar a su pasado y acomodarse a las pautas de sus padres. También existirá un desajuste escolar entre los conocimientos adquiridos y los que se les exigen en España, etc. Pero la cuestión más importante es que en la mayoría de los países de destino incluyendo España existen políticas restrictivas para la inmigración y un palpable grado de xenofobia y racismo. Los rasgos étnicos distintivos de quien es objeto de una AI le hacen ser igualado y confundido con aquellos a quienes más se parece, los inmigrantes de su mismo origen, la mayoría con amargas experiencias de marginación y exclusión. Los hijos de inmigrantes hacia quienes el adoptado tendrá una tendencia natural a acercarse, no son tan bienvenidos ni deseados, hasta el punto de que es normal dejarlos en su país beneficiándose de las remesas de dinero que envían sus padres para que no soporten todas las dificultades de la migración y aquí se conviertan en población marginal. Así los adoptados quedan en un lugar ambivalente en una sociedad en la que la pregunta «¿De dónde eres?» se repetirá una y otra vez a lo largo de sus vidas, mientras que la explicación «Es que soy adoptado» tendrá que repetirse también una y otra vez ante la sorpresa o incredulidad provocada al presentar como «sus padres» a dos personas con rasgos físicos completamente diferentes a los suyos. En la adolescencia se agudizan estos problemas que por ejemplo en el caso de las niñas chinas suelen provocar crisis de identidad. Según vayan creciendo comprobarán cómo ellos mismos son objeto de discriminaciones raciales como que la policía les pida la documentación en el metro y la calle, o el ser objeto de una especial vigilancia en los comercios.

Como respuesta los padres adoptivos (que casi nunca logran hacerse con los ansiados «niños sin historia», bebés sin recuerdos y que además compartan su fenotipo), con frecuencia demandan los servicios de psicólogos para facilitar la integración de sus hijos, les ponen cuidadoras de su mismo origen que les puedan hacer comidas o cantar canciones de su país, les apuntan a clases de la lengua materna o les llevan a festivales interculturales, lo que no deja de ser una visión bastante folklórica del legado cultural. Para colmo, todo esto se combina con la pretensión de mantenerlos alejados de aquellos niños que más se les parecen físicamente pero están situados en una clase social inferior y con frecuencia forman parte de grupos identitarios como las bandas latinas con comportamientos juzgados violentos y delictivos.

El argumento formulado por David L. Eng (2003): «La adopción internacional es una de las formas más privilegiadas de la diáspora migratoria a finales del siglo XX», que es citado en la Introducción, contrasta con la opinión vertida por Jessaca Leinaweaver en las Conclusiones: «En cualquier caso la adopción es un modelo imperfecto de integración de los migrantes ya que crecen en un nebuloso estatus, pues la adopción transnacional genera múltiples cuestiones de identidad, nacionalidad y pertenencia».

BIBLIOGRAFÍA CITADA

Balcom, K. 2010. «Immigration Policy and the Embrace of Transnational Adoption in the 1950^s and 1960^s», en *Adoption: Secret Histories, Public Policies*. Cambridge, Mass: Massachusetts Institute of Technology.

Eng, D. L. 2003. «Transnational Adoption and Queer Diásporas». *Social Text* 21: 1-37.

MATILDE FERNÁNDEZ MONTES

Instituto de Lengua, Literatura y Antropología. CSIC

TAUSIET, María: *El dedo robado. Reliquias imaginarias en la España Moderna* (Madrid: Abada, 2013), 272 pp.

De entre los historiadores españoles, María Tausiet es una de las más creativas y originales. Especializada en la historia cultural de la Edad Moderna, es autora de una serie de libros importantes, entre ellos *Ponzoña en los ojos. Brujería y superstición en Aragón en el siglo XVI* (2000) y *Abracadabra Omnipotens. Magia urbana en Zaragoza en la Edad Moderna* (2007), que acaba de aparecer en traducción inglesa. Estos estudios han enriquecido nuestro conocimiento del lugar que ocupan tanto la magia como la brujería —más la del tipo leve o «blanca» que la demoníaca o «negra»— en la cultura tradicional española. Además, es coeditora, junto con James Amelang, de *Accidentes del alma. Las emociones en la Edad Moderna* (2009), un innovador volumen de ensayos sobre la historia de las emociones.

Innovador es un término que también resulta de aplicación al libro más reciente de Tausiet. *El dedo robado* comienza como una microhistoria que reconstruye el hurto de una importante reliquia: el dedo de san Ildefonso del tesoro de la catedral en la ciudad de Zamora. Valiéndose de documentos guardados en el Archivo Capitular de Toledo, Tausiet demuestra que el robo fue un trabajo realizado desde dentro, planificado y organizado por Francisco de Sartaguda, un sacristán vinculado a la catedral de Zamora. Pero Sartaguda no actuó solo. Se hallaba en connivencia con el ambicioso arzobispo de Toledo, Pascual de Aragón, junto con otros miembros del cabildo de la catedral de Toledo, todos los cuales querían desesperadamente incorporar esa valiosa reliquia a su propia colección. Después de la llegada del dedo a Toledo, y tras ser verificada su «autenticidad», el cabildo encargó construir un relicario dorado en el que pudiera mostrarse adecuada y elegantemente esta valiosa incorporación al tesoro de la catedral. Además, Sartaguda y los dos niños coristas de Zamora que le habían ayudado fueron espléndidamente recompensados con lucrativos oficios y pensiones.

¿Por qué se montó todo este jaleo por un dedo? Este librito nos ofrece la respuesta de un modo muy brillante. Tausiet empieza explorando la importancia y el significado de las reliquias en la España Moderna y, en términos más amplios, en el cristianismo católico, concediendo una atención especial a su papel como mediadoras entre lo terrenal y lo divino, además de su poder para obrar milagros de diversos tipos. Las reliquias servían para otorgar prestigio a la Iglesia que las acogía. De su posesión también se derivaban beneficios materiales, ya que las reliquias tenían el potencial de atraer a peregrinos, además de dar lugar a obras de beneficencia de diversos tipos.

Las reliquias existían en diversas formas, pero entre las que se tenían en mayor estima —reliquias de primera clase, en la terminología eclesiástica— se encontraban los fragmentos de huesos que pertenecían a un santo importante. Pero los santos eran pocos y los creyentes muchos, y la demanda de reliquias, como ha demostrado Patrick J. Geary, alentó los «*furta sacra*», que comenzaron a principios de la Edad Media y continuaron, como demuestra este libro, hasta bien entrada la época de la Contrarreforma¹.

A pesar de que el poder y el prestigio conferido a las reliquias constituye el tema central de este libro, Tausiet dedica una atención considerable a san Ildefonso (607-667 d. C.) y a los motivos por los que la catedral de Toledo estaba tan interesada en repatriar partes de sus restos mortales. Esta historia comienza con Ildefonso, un monje benedictino que era abad del monasterio agaliense de Toledo antes de su nombramiento como obispo de la ciudad en 657. La fama de Ildefonso, sin embargo, llegó de resultados de su tratado, *De perpetua virginitate Mariae...*, que defendía lo que se conocía en la Iglesia ortodoxa griega como la doctrina del *Aieparthenos*, la idea de que María fue siempre virgen, considerando el nacimiento de su hijo Jesús como un milagro. Según la leyenda, María apreció tanto la defensa de su virginidad perpetua por parte de Ildefonso que lo honró descendiendo del cielo (rodeada de ángeles) el 18 de diciembre de 665 con objeto de presentar al obispo —al que se refirió como «mi capellán»— con una vestidura eclesiástica especial conocida como casulla.

La supuesta descendencia de la Virgen benefició tanto a Ildefonso como a Toledo de numerosas formas. Para empezar, allanaba el camino del obispo a la santidad —ya se hablaba de él como un «santo» a las pocas décadas de su muerte— y más tarde se convirtió en un tema predilecto para ser pintado por artistas, Velázquez entre ellos. En cuanto a Toledo, la noticia del milagro se difundió rápidamente y a pesar de que la ciudad pasó a ser controlada por los musulmanes a comienzos del siglo VIII, ayudó a transformar su catedral en un imán para atraer a peregrinos deseosos de visitar —y, si era posible, tocar— el lugar preciso al que había descendido la Virgen. También aumentaba la autoridad tanto de sus obispos como del cabildo de la catedral y reforzaba su pretensión de ser reconocida como la sede primada de la provincia eclesiástica cartaginense (y, más tarde, del conjunto de España). Estas reivindicaciones se veían debilitadas, sin embargo, por la ausencia del cuerpo de Ildefonso —que supuestamente había emigrado hacia el norte en la época de la conquista musulmana, siendo finalmente acogido en la catedral de Zamora—, pero también por la de la casulla, que aparecería más tarde en Oviedo.

Estos fueron los orígenes de una búsqueda que se prolongó durante varios siglos por parte de las autoridades eclesiásticas de Toledo para conseguir el regreso de aquellos tesoros espirituales «perdidos» que acabaron en el robo cuya historia cuenta Tausiet. Pero una vez que el dedo desaparecido llegó a Toledo, ¿cómo iban a determinar las autoridades si era o no auténtico? Ahí comienza lo que Tausiet llama la «invencción de autoridad», una investigación que se valió de una serie de pruebas, la mayoría basadas en el peso de la tradición y en la noción de «lo verosímil» a fin de determinar que el dedo en cuestión era realmente el del santo².

Como deja claro Tausiet, la autenticación de la reliquia en cuestión no se puso casi nunca en entredicho, principalmente porque Toledo, junto a su catedral, necesitaba a Ildefonso mucho más de lo que él los necesitaba a ellos. La ciudad se hallaba inmersa en una crisis en el siglo XVII; su población estaba descendiendo; los prelados de otras ciudades, especialmente

¹ Me refiero a Patrick J. Geary (1978).

² Tausiet toma prestado esta expresión de Katrina Olds, que lo utiliza en su artículo seminal de 2012.

Sevilla, estaban defendiendo que la primacía les pertenecía a ellas; y la catedral necesitaba una nueva reliquia para atraer a peregrinos y acrecentar su prestigio. Además, la llegada del dedo reforzaba las credenciales espirituales del cardenal-arzobispo Pascual de Aragón, un prelado más conocido por su implicación en los asuntos de la monarquía —había ejercido de virrey de Nápoles antes de su llegada a Toledo— que en los de la Iglesia. Todo esto, y más, ocupa un lugar central en este estudio breve y accesible, pero magistral, de las circunstancias y las creencias en torno a «el dedo robado».

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Geary, P. J. 1978. *Furta Sacra. The Theft of Relics in the Central Middle Ages*. Princeton: Princeton University Press (edición revisada, 1991).
- Olds, K. 2012. «The Ambiguities of the Holy: Authenticating Relics in Seventeenth-Century». *Renaissance Quarterly* 65: 135-187.

RICHARD L. KAGAN
Johns Hopkins University

DÍAZ VIANA, Luis (Coord.); FERNÁNDEZ, Óscar; TOMÉ, Pedro y VALENCIA, Ángeles: *¿Dónde mejor que aquí? Dinámicas y estrategias de los retornados al campo de Castilla y León* (Valladolid: Ediciones Universidad de Valladolid, Instituto de Estudios Europeos, 2013), 188 pp.

Los clásicos estudios de comunidad realizados en la España rural en los años sesenta y setenta (Kenny 1961; Brandes 1975; Douglas y Aceves 1978) auguraban el declive poblacional inexorable de los pueblos españoles que experimentaban una sangría migratoria que amenazaba la supervivencia misma de los núcleos rurales. Nadie podía sospechar que el flujo migratorio, que expelía a enteras cohortes de edad fuera de sus fronteras con destino a los grandes focos urbanos e industriales de España y del extranjero, acabaría por generar una realidad nueva, un nuevo marco de reflexión sobre el inesperado reflujo demográfico que se avecinaba. Estas nuevas realidades desencadenarían con el tiempo novedosos y distintos ámbitos de transformación, de convivencia y, también, de conflicto. Así quedaba patente en la recopilación de ensayos etnográficos editada por Honorio Velasco (1982) sobre las fiestas españolas, o en el más tardío estudio del propio Velasco (1991) sobre el valle del Corneja (Ávila), donde las consecuencias del retorno estacional de los emigrados trastocaban el espacio-tiempo de las comunidades locales: desplazamientos de las fechas de los festejos tradicionales, concentrándose fundamentalmente en el período estival para hacerlas coincidir con las iniciales e inventadas «Fiesta del Emigrante», transmutadas más tarde —habida cuenta del asentamiento de la práctica a lo largo de los años sucesivos— en «Fiesta del Veraneante», pese a que eran los mismos los que volvían, creándose en la comunidad la percepción ilusoria de una sociedad local de nuevo completa, aunque sólo fuera estacionalmente; o los conflictos derivados de la alta concentración de población en época estival, que afectaba a los recursos básicos —disponibilidad y consumo del agua— de la comunidad para abordar las labores tradicionales del campo —el riego—, frente a la desolada apariencia invernal que ofrecían los pueblos una vez los emigrantes —ya transformados en veraneantes— volvían a sus puestos de trabajo urbanos. La migración, entonces, adquiriría una inopinada naturaleza de ida y vuelta en el medio de la cual las habilidades, los conocimientos y las prácticas urbanas se asentaban en una ruralía demográficamente destartalada, influyendo en ella de manera inequívoca.

Y este es, precisamente el punto de partida del texto que nos ocupa. Ya en la presentación del libro, Luis Díaz Viana —coordinador del proyecto «*El retorno a la tierra, dinámicas y estrategias de la neo-ruralidad*»—, se plantea las preguntas esenciales que dan sentido a los cuatro capítulos que componen el volumen: «¿Por qué se vuelve? ¿A qué? [...] ¿Por qué nos

vamos? ¿Por qué se fueron quienes marcharon hace años del terruño si nunca dejarían de pensar en el regreso? ¿Por razones económicas? ¿Acaso necesitamos partir para volver?» (p. 15). Estos y otros interrogantes ponen en el punto de mira de la disciplina antropológica una reflexión que quedaba por hacer, un análisis por realizar y una explicación aún por desentrañar. Esta es la propuesta de este conjunto de estudios sobre la ruralía castellano-leonesa: dar respuesta a un fenómeno social que encarna la realidad actual de no pocos territorios del Estado español; los motivos (aspectos motivacionales de los retornados), las causas (económicas, sociales e ideológicas) y las consecuencias del retorno al entorno rural (tanto en los protagonistas de la marcha como en los vecinos que permanecieron en los pueblos).

El libro contiene cuatro estudios de diverso alcance sobre cuatro zonas castellano-leonesas, representadas a modo de estudios de caso a través de sus correspondientes núcleos rurales: Viana de Cega en Tierra de Pinares, a cargo de Luis Díaz Viana; Cardenosa (Ávila), realizado por Ángeles Valencia; Villanueva de Ávila, abordado por Pedro Tomé y Brazuelo (León), firmado por Óscar Fernández. En el primero de ellos: «El regreso al campo sin metáforas: cuando quienes retornan son los mismos que se fueron» (pp. 21-58), Luis Díaz Viana plantea las bases teóricas y metodológicas del proyecto realizado en el transcurso de tres años por los distintos autores. Partiendo de los planteamientos teóricos de Nates Cruz y Raymond (2007) —los cuales proponen una tipología tripartita sobre el «retorno», «el *retorno a la naturaleza* (modo de vida austero, en armonía con la naturaleza); el *retorno al campo* (modo de vida urbano que goza de las bondades del campo) y el *retorno a la tierra* (modo de vida neocampesina con equilibrio medioambiental)» (pp. 22-23)— aportaciones conceptuales que ayudan a comprender y explicar lo que ocurre en la realidad reciente de los núcleos rurales, Díaz Viana expone la naturaleza cambiante del objeto de estudio en antropología a la luz de la movilidad poblacional en el marco de la actual, aunque ilusoria, contraposición entre «globalidad» y «localidad», dicotomía equívoca si tenemos en cuenta la interconexión, tanto física como comunicacional existente en nuestra realidad más contemporánea: los espacios se miden por el tiempo que tardamos en recorrerlos y el acceso a la información fluye en todas direcciones mediante redes sociales virtualizadas en Internet. Hemos de hablar, entonces, de contextos *rururbanos*, culturalmente conurbados y socialmente interdependientes. Frente a los ya caducos «estudios de comunidad», propone como contrapartida indagar, dentro del contexto de los movimientos migratorios, a los «regresados literales» desde un punto de vista procesual, analizando y desgranando cuidadosamente los aspectos motivacionales, así como las consecuencias, múltiples éstas, del regreso al origen. Tras analizar algunos casos biográficos de retornados a Viana de Cega en Tierra de Pinares desde la perspectiva de los procesos vitales de identidad —la mayor parte de los emigrantes de Castilla y León deciden retornar coincidiendo con su jubilación» (p. 45), emigrantes que reconocen que «Nos fuimos por el bolsillo, pero volvimos por el corazón», concluyendo que «¿Dónde mejor que aquí?» (p. 52), Luis Díaz Viana remata su discurso afirmando que «El objetivo de nuestro proyecto era, pues, construir un modelo de estudio para distintos tipos de retornados y diferentes tipos de pueblo [...] y que estos modelos puedan servir de ejemplo tanto para el análisis de otros grupos como de otras comunidades semejantes» (p. 53).

Sobre estos pilares conceptuales se asientan los pasos de los estudios posteriores; así, desde los divergentes y contradictorios planteamientos que manejan las instituciones en relación con el éxodo rural, Ángeles Valencia, en «La hora del retorno» (pp. 63-83), aborda los mecanismos institucionales regionales frente al repliegue demográfico de la población de Castilla y León. Asimismo, a través de la noción de «una ruralidad hiperconectada» propone analizar las prácticas vitales, las estrategias individuales, familiares y colectivas del grupo humano, tanto de los retornados como de los que nunca se fueron de Cardenosa, localidad abulense que la autora examina a la luz de relatos de vida de algunos residentes retornados a la localidad.

Siguiendo en la misma línea de análisis de los procesos culturales —desde los cuales establecer una adecuada conexión entre procesos de orden microsociales y las estructuras macro—, así como desde la visión nativa, la percepción que los nativos tienen de ellos mismos y de sus entornos, Pedro Tomé, en su aportación «Las formas de entender el retorno» (pp. 87-150), expone de manera minuciosa y exhaustiva los progresivos enfoques y las variadas propuestas teórico-

metodológicas producidas en las últimas décadas en diversos contextos culturales de la mano de distintos autores, algunos emblemáticos en la tradición antropológica española, como los de Kenny (1961) y Brandes (1975), hasta los más actuales enfoques de Ley y Kobayashi (2005) sobre nativos de Hong Kong residentes en Vancouver, o el de Perroud (2007) sobre los brasileños de ascendencia japonesa, o los emigrantes italianos estudiados por Signorelli (1994), pasando por las aportaciones de Espinosa (1988) o la de Fábregas y Tomé (2001), entre otros. Con este marco de reflexión, disecciona con solvencia el concepto del *retorno* como un proceso de ida y vuelta; el problema del desclasamiento simbólico —el mito del indiano—; la perspectiva del género —la proclividad de los varones para retornar y la renuencia femenina a volver—; las transformaciones de las dinámicas estacionales de los núcleos rurales, corporeizadas en las nuevas fiestas de los retornados; o la institucionalización de los ausentes simbolizada en la comunidad de difuntos —volver para morir y unirse a los antepasados—.

En el capítulo que cierra el libro, expuesto por Óscar Fernández, y que lleva por título «Estrategias de la neo-ruralidad en la provincia de León. Un estudio de caso», el autor toma como eje de su discurso la imagen de lo rural —*el campo*— como tópico ideológico que motiva cada vez más a determinados urbanitas a abandonar la ciudad y asentarse en comunidades rurales, un tránsito que promueve claras transformaciones en el nuevo entorno de recepción. Como apunta el propio Fernández «[...] este cambio residencial de la ciudad al campo no se plantea sólo como un cambio en la vivienda, sino como una apuesta vital en la que confluyen toda una serie de representaciones sociales sobre lo rural y lo urbano, sobre la vida en el pueblo y la vida en la ciudad y, sobre todo, una forma de cuestionarse la vida en ésta» (p. 158). Este proceso de gentrificación, de elitización o urbanización del campo está protagonizado por grupos familiares que, tras una larga experiencia de vida urbana, se mudan a los pueblos en busca de una vida más cercana a la naturaleza, los llamados *neo-rurales*. Tomando, pues, la noción de *neo-ruralidad* como objeto de investigación, indaga en las trayectorias vitales y motivacionales de determinados grupos —ya de individuos como familias— asentados en dos pueblos de la pedanía de Brazuelo (León), grupos que se insertan en la sociedad rural aportando nuevas opciones estructurales, no sólo residenciales sino también económicas y sociales, que contribuyen de forma palmaria a la transformación del tejido social a través de las SAT, sociedades agrarias de transformación, interconectadas internacionalmente a través de la participación de los *uwoofers* (siglas de *Willing Workers on Organic Farms*), movimiento de trabajadores voluntarios en granjas ecológicas. Las nuevas estrategias de estos colectivos persiguen no sólo un desarrollo sostenible, sino también promover un cambio sustancial de las estrategias económicas —articuladas por el asociacionismo y la colectivización— que pasan por la puesta en valor (cristalizada en Brazuelo en la SAT denominada «La Casa del Arzipeste») de recursos rurales en desuso que, una vez rehabilitados, permitan un modo de vida alternativo, distinto al de la ciudad y diferente, a su vez, de la tradicional concepción de la vida rural en el pueblo, sujeta y esclava de la subsistencia estrictamente agrícola.

Como colofón a estas anotaciones, cabe destacar el carácter pionero de este volumen, que da cuerpo a un proyecto con ambición de futuro, un proyecto que señala la dirección y el camino a seguir por estudios venideros, para los cuales el aquí reseñado será de obligada referencia, si lo que pretendemos es cubrir el espacio casi vacío, o al menos disperso, de estudios etnográficos que traten no sólo de refilón un fenómeno social cada vez de mayor envergadura, una realidad cada vez más palpable y evidente en los entornos rurales, habida cuenta del colapso, del desgaste vital y existencial del modelo de vida urbano, que nos ofrece, de manera subliminal y subrepticia, esa artimaña conceptual que pretende asimilar la calidad con el estilo de vida. Pero ni ambas son excluyentes ni contradictorias, sino ciertamente posibles si elegimos el lugar adecuado para desarrollar nuestra existencia en un entorno personal, social y cultural más humano.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Brandes, S. 1975. *Migration, Kinship, and Community: Tradition and Transition in a Spanish Village*. Nueva York: Academic Press.
- Douglas, A. y Aceves, J. B. 1978. *Los aspectos cambiantes de la España rural*. Barcelona: Barral.
- Espinosa, V. M. 1998. *El dilema del retorno. Migración, género y pertenencia en un contexto transnacional*. Zamora (Michoacán): El Colegio de Michoacán-El Colegio de Jalisco.
- Fábregas, A y Tomé, P. 2001. *Entre parientes. Estudios de caso en México y España*. Ávila: Institución Gran Duque de Alba-El Colegio de Jalisco.
- Kenny, M. 1961. *A Spanish Tapestry. Town and Country in Castile*. Londres: Cohen & West.
- Ley, D. y Kobayashi, A. 2005. «Back to Hong Kong: Return migration or transnational sojourn?». *Global Networks* 5 (2): 111-127.
- Nates Cruz, B. y RaymondA, S. 2007. *Buscando la naturaleza. Migración y dinámicas rurales contemporáneas*. Barcelona: Anthropos.
- Perroud, M. 2007. «Migration return ou migration détour?. Diversité des parcours migratoires des Brésiliens d'ascendance japonaise». *Revue européenne des migrations internationales* 23 (1).
- Signorelli, A. 1994. «La construcción de lo local como valor y como ideología: la experiencia de los migrantes italianos», en Nivón. E. (comp.), *De lo local a lo global: perspectivas desde la antropología*: 65-81. México: UNAM.
- Velasco. H. (ed.). 1982. *Tiempo de Fiesta. Ensayos antropológicos sobre las fiestas en España*. Madrid: Tres-catorce-dieciséis.
- Velasco, H. 1991. «Horizontes de interdependencia. Rituales en el valle del Corneja», en J. L. García, J. L. et al. *Rituales y proceso social. Estudio comparativo en cinco zonas españolas*: 121-163. Madrid: Ministerio de Cultura.

MIGUEL LÓPEZ COIRA
Universidad Complutense de Madrid